

¿Qué es esto? dijo asombrado  
El infeliz don García  
¿Pensabais pues que vendría  
Mi palacio á conquistar?  
¿Porqué os acogeis al templo?  
¿Qué es esto, gente menguada?  
Pero la turba callada  
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde  
En la mansion religiosa,  
Y el semblante de su esposa  
No alcanzando á ver allí  
Asió con ira del cuello  
Al que topó mas cercano  
Y con la daga en la mano,  
Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?  
Di ó mueres tras mi demanda.  
Y el eco murmuró: —*anda*;  
Porque la turba calló.  
Hablad por Dios, dijo el conde;  
Vuestro dolor ¿qué me arguye?  
¿Dó esta mi Argentina? —*huye*  
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente  
Y humillada y temerosa  
Dobló la faz vergonzosa  
Con la tierra hasta tocar;  
Y entendiendo don García  
Todo el valor de su duelo,  
Los ojos puso en el cielo  
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,  
Sus amigos se afanaron,  
Sus pueblos le victorearon,  
Y la gloria le aduló;  
El se encerró en su aposento  
Y en soledad noche y día,  
La razon y la porfia  
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,  
Amigos, fieles y viejos  
«No necesito consejos  
Respondió, sé como obrar.»  
Y aunque adusto y cabizbajo,  
Bien en su faz se veía  
Que algo resuelto tenia.  
Imposible de mudar.

### CAPÍTULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA  
DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo extraviado  
Sobre la empinada loma,  
Como escondida atalaya  
Puesto entre Francia y Borgoña  
Hubo según un cronista  
Allá en edades remotas  
Un castillo inhabitado  
De manos francesas obra.  
Pertenece en los tiempos  
A que alcanza nuestra historia,  
A un segundo pendenciero  
De familia poderosa.  
De modo que en su recinto  
Roido por la carcoma,  
No habia mas que un alcaide  
Con guardia holgazana y poca.  
Y como donde hechos faltan  
Fábulas del vulgo sobran,  
De él relataban mil cuentos  
Los pueblos á la redonda.  
Todo invenciones acaso,  
Mas siempre lo falso apoya  
Alguna verdad oculta  
Entre mentiras de monta.  
Y es así que no hay castillo  
Ruinoso, ni ermita sola  
Donde mil negras visiones  
Crédulo el vulgo no esconda;  
Mas no hay una de esas fábulas  
Imposibles y espantosas

Que no haya tomado origen  
De un hecho que el vulgo embrolla.  
Tal era nuestro castillo,  
Mansion solitaria y lóbrega.  
Vivienda, según el pueblo,  
De fantasmas y de sombras.  
Jamás se abrían sus puertas  
Sino á medias y á deshora;  
Jamás por ellas entraban  
Sino á lo mas dos personas.  
Nadie por ellas salía  
Tras conversacion sabrosa,  
Ni aun en busca de viandas  
De gente que existe propias.  
Todo lo cual era cierto,  
Porque el alcaide en Perona  
Almacenaba por años  
Su provision, que aunque corta  
Bastaba para su gente,  
Que descuidada y ociosa  
En la ciudad se ocupaba  
Todo el año sin zozobra.  
Y en esto siempre sus amos  
Hicieron la vista gorda,  
Pues nunca anduvo la paga  
De la guarnicion de sobra.  
Ellos se buscaban vida  
En la ciudad mas gustosa  
Donde hallaban amos ricos,  
Juegos, pependencias y mozas.  
Y en caso de una imprevista  
Necesidad poderosa,  
Siempre en el castillo hallaban  
Casa grande y mesa sóbria.  
Los años de nuevecientos  
Y ochenta y seis, (ó era próxima)  
Corrían cuando una noche  
Oyó el alcaide á deshora  
Al otro lado del foso  
Producida en una trompa  
Aguda señal de aviso  
Que redoblaba imperiosa.  
Bajó el puente y en el patio  
Entróse sin ceremonia  
Un hombre que dijo á voces

Desde el caballo que monta.  
—¡ Ola alcaide! vuestros amos  
Llegan mañana á estas horas.  
—Mañana! exclamó el alcaide,  
Válganos nuestra señora  
Del Hoyo, y están las gentes  
En la ciudad.

—Nada importa,  
Buen viejo, repuso el otro,  
Los amos traerán su escolta,  
Y á mas el secreto encargan  
Y grande.

—Secretos... ¡ oiga!  
—Y así que todo esté listo,  
Y nada de ir á Perona  
A garlar como mujeres,  
¿ Con que lo oye? punto en boca.

Metió su jaco en la cuadra,  
Tomó la escalera lóbrega  
De la torre y pidió al punto  
Cena fuerte y cama cómoda.  
Y por mas que ensartó el viejo  
Unas preguntas tras otras  
No le sacó mas palabra  
Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero  
Pues de su lecho de rosas  
Del dia siguiente apenas  
Se levantaba la aurora,  
Cuando el señor del castillo  
Sobre una yegua fogosa  
Cruzaba el puente, seguido  
De unas catorce personas.  
Dos eran damas cubiertas,  
Con largos velos, las otras  
Criados, y gentes de armas  
De faz amenazadora.

Y en verdad que su talante  
Y aparicion misteriosa  
Nada de bueno auguraban  
A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo  
Todo en redor del monte en que se alzaba  
Un frondoso y ameno parquecillo  
Donde un arroyo limpio murmuraba ;  
Y entre guijas bullendo ,  
Por entre árboles mil serpenteando ,  
Ya en remansos sus aguas deteniendo ,  
Ya por cuevas sus aguas despeñando ,  
El parque por do quier iba cubriendo  
De gruesos chopos ó de césped blando  
Dando al par su corriente cristalina  
Música y sombra á la mansion vecina.  
El espeso follaje  
Y la fresca extension de su ramaje  
Entoldando la yerba en el estío ,  
Y en el invierno crudo  
Guardando el valle contra el cierzo frio  
Penetrante y agudo ,  
A la paz y al reposo convidaban ;  
Y así á su rica amenidad venian  
Y en su centro anidaban  
Mil avecillas que hasta allí llegaban  
Y contentas en él se guarecian.  
No habia allí tocado por fortuna  
Del hombre protector la torpe mano ;  
Y sin lesion alguna  
Prosperaba en invierno y en verano.  
En sus cuadros campestres  
Sin ayuda de riegos, ni semillas,  
A su capricho y voluntad brotaron  
Mil rosales silvestres,  
Que del agua las márgenes bordaron  
Con varia multitud de florecillas ;  
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron  
Tal vez de sus colores envidiosas  
Amapolas y malvas temblorosas ,  
Romero y madre selvas amarillas.  
Ni tampoco faltaron  
En el vicioso césped escondidos  
Los lirios por el sol descoloridos ,  
Los jacintos morados ,  
Las anchas acederas ,  
Las pródigas junqueras ,  
Y las altivas y sonantes cañas  
Rodeadas de mimbres y espadañas ;

Y aun al pié de una peña guarecidas  
Del cierzo y de las ráfagas inquietas,  
Se levantaron de perfume henchidas  
Tempranas y odoríferas violetas.  
Aquí pues una tarde  
Ya cercano á su fin el claro dia,  
Al pié de una cascada  
Que la corriente hacia  
Por encima de una peña despeñada,  
En el mullido césped recostada  
Una niña hermosísima se via.  
La sien sobre la mano,  
Sobre la yerba el codo  
Permanecía inmóvil de tal modo  
Que alguno la juzgara fácilmente  
De acertado escultor obra excelente  
Trasunto de un modelo soberano.  
Sus dulces ojos de tristeza llenos  
Fijos en la corriente fugitiva  
No brillaban amantes y serenos,  
Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,  
Y á traves de una lágrima ardorosa  
Miraban la corriente distraidos  
Con expresion doliente y lastimosa.  
Y su frente nublada  
Con hondos pliegues de dolor sulcada,  
Su faz descolorida y ojerosa,  
Y sus mejillas faltas  
De su matiz purísimo de rosa,  
Demostraban bien claro  
Que en su cándido espíritu inocente  
El pesar se cebó traidoramente.  
Ella en sus pensamientos embebida  
De su propio aislamiento se olvidaba,  
Y el aura estremeciéndole atrevida  
Los ligeros adornos,  
Con que cubierta su beldad llevaba  
Sus puros y bellísimos contornos  
Descubria á tracion cuando pasaba.  
Y el hombro torneado,  
Y el trasparente cuello,  
Y el pecho entre los rizos mal velado  
De su rubio cabello  
Por la espalda y los hombros destrenzado,  
Y sus menudos piés mal escondidos

Entre los pliegues de la suelta falda  
Deshechos á los soplos atrevidos  
Del aura licenciosa,  
Todo sin gran pesar lo descubria  
La vista cuidadosa  
De un viejo peregrino que subia  
Por la empinada cuesta trabajosa.

Y aunque avanzaba el viejo  
Cada vez con mas prisa y mas recato  
La niña sin consejo  
No curaba abismada en su amargura  
Los hechizos velar de su hermosura.  
Y así mientras el viejo peregrino  
Por la cuesta subia  
Con cada pié menguando su camino,  
La hermosa niña sin temor yacia  
A sus solas llorando su destino.

Llegó por fin donde el arroyo manso  
Para rodar mejor por la cascada  
Parándose tenaz labró un remanso,  
Y con voz cariñosa  
Y sonrisa halagüena  
Dijo á la niña «¿Qué haces, Blanca hermosa,  
Tan sola en esa peña?—»  
Y en sí volviendo con su voz la niña  
Los ojos en redor tendió asombrados  
Y ¡Quién me nombra! preguntó risueña.  
—¿Quién sino yo, la replicó el viajero,  
Que de tu mal dolido  
Librarte dél ó consolarte quiero?  
—¡ Ay señor! dijo Blanca suspirando,  
Que completo mi mal no habeis sabido  
Cuando me estais remedios augurando.  
—¿Quién sabe ¡ pobre niña! si mi ciencia  
Podrá alcanzar para tu mal remedio?  
—¿ Tan sábio sois?

—Tan sábio,

Que si tal vez me cuentas por tu labio  
Todo el mal que padeces  
Creo tener para curarte medio.  
Quedó Blanca mirando al peregrino  
Tal promesa y palabras escuchando,  
Y á su lado sentándose el buen hombre  
Destá manera á Blanca siguió hablando.  
—¿ No es tu padre un hidalgo poderoso

Señor de ese castillo?  
Dí ¿ no es tambien tu madre  
Esa hermosura de quien es esposo?  
—¡ Ay! ni él parece á la verdad mi padre,  
Ni ella fué nunca sino monstruo odioso  
Que me robó mi paz y mi ventura,  
Envidiosa tal vez de mi hermosura.  
—¿ Con que es tan bella y tan...

—No hablemos de ella?

Que solo con oír su nombre infando  
Se me estremece el corazón temblando,  
Y por ella no ceso  
De vivir suspirando.  
—¿ Tan dañina ha de ser quien es tan bella?  
—Creedme que lo es: por ella solo  
Yo que nací contenta y virtuosa,  
Yo que siempre viví tranquilamente  
¡ Ay! de oveja inocente  
Me he trocado en serpiente venenosa.  
Porque nací señora  
Y ella esclava me ha hecho,  
Menos que esclava sí, que á cada hora  
Con el puñal agudo  
De una injuria mortal me hiere el pecho.  
Ella me hizo á mi padre aborrecida,  
Y así ¡ ay de mí! cuando á mi padre acudo  
Él maldice colérico mi vida.  
Porque todo su amor, por ella hurtado,  
Ella solo lo tiene, y avarienta  
Del cariño y del oro  
Que mi misero padre la ha mostrado,  
Las tristes horas de mi vida cuenta  
De su amor heredera y su tesoro.  
Y así paso la vida  
Viéndome á todas horas despreciada,  
Sin duelo castigada  
Mi belleza si existe y maldecida.  
Y dan por hijas de una mente loca  
Las sentidas razones de mi boca,  
Llamándome si misera me quejo  
Atrevida mozueta sin consejo.  
Y los viles vasallos que me miran  
Tan sola y sin amparo  
No hallan en injuriarme algun reparo,  
Y olvidando el respeto que me deben

Todos á la hija del señor se atreven.  
Y yo ¡ triste de mí ! sin mas consuelo  
Que llorar á mis solas con mi duelo,  
De los míos mofada y los extraños,  
Sin esperar favor de tierra y cielo  
Huir contemplo mis floridos años ;  
Y á solas me consumo,  
Y en lágrimas mi vida se deshace  
Cual flor que el rayo desvanece en humo.

Y así diciendo la apenada Blanca,  
Con iracunda mano  
Los bellos rizos de su frente arranca,  
Y ofende su semblante soberano,  
Maldiciendo á la faz del peregrino  
La injusticia fatal de su destino.  
Hasta que él sujetándola los brazos  
Y teniéndola en nudo cariñoso  
Asida dulcemente,  
Con amorosa voz y acento amigo  
La dijo así teniéndola consigo :  
—Serena, hermosa mía !  
Serena sí, tus ojos de paloma,  
Que ya feliz de tu ventura el día  
Por el oriente purpurino asoma.  
Escucha ¡ Blanca bella !  
La voz enamorada  
De tu libertador, y oirá en ella  
Tu alma acongojada  
Consoladora música encantada.

Yo nací ¡ oh Blanca ! en tierras muy remotas  
Rico y feliz, pero la suerte avara  
Dicha muy en breve me vendió muy cara ;  
Todas al fin mis esperanzas rotas  
Juguete de la suerte me hallé un día,  
Y en brazos me lancé de la fortuna  
De ella y de mí sin esperar ninguna.  
Largo tiempo á través de las fatigas  
Erré cruzando el arenal del mundo  
Ya por campo feraz rico de espigas,  
Ya por campo erial lleno de espinos,  
Ya por montaña estéril,  
Ya por valle fecundo  
Surcado por arroyos cristalinos,  
Del invierno arrostrando los furores  
Y expuesto del verano á los ardores.

Pasé al fin por tu patria ¡ Blanca hermosa !  
Y al punto en que te vi, ciego y sin tino  
Corriendo tras tu huella luminosa  
Perdí mi pensamiento y mi camino.  
Lancéme tras de ti, seguí tus pasos,  
Atravesé la Francia,  
Y llegué de Borgoña á la frontera  
Siempre en pos de tu rápida litera.  
Ahora responde ¡ oh Blanca ! yo soy dueño  
De un país rico y fértil y lejano,  
Esto que ves en mí todo es un sueño ;  
Este viejo disfraz con que me embozo  
Encubre como ves un noble mozo ;  
Si me quieres seguir, esta es mi mano.

Y así hablando el fingido peregrino  
El bizarro semblante  
De su postiza barba separada,  
Y su semblante juvenil mostraba  
De valor nobilísimo radiante.  
Y la niña infeliz le contemplaba  
Cual bella aparición que ante la vista  
El viento cruza y en el viento posa,  
Y vá sobre una ráfaga imprevista  
Iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta  
La creída vision contempla y toca,  
Y á concebir no acierta  
Una idea su mente, un ¡ ay ! su boca.  
Que la triste al pesar acostumbrada  
Inaccesible al bien escucha y mira  
Y á la voz del placer embelesada  
Tal vez por no ahuyentarle no respira.

Mas mientras ella goza  
Con la idea del bien que aun no comprende,  
Y el pensamiento con los ojos tiende  
Por el azul espacio cristalino,  
Siguió de esta manera el peregrino :  
— Blanca pura y hermosa !  
Yo te puedo tornar rica y dichosa :  
Yo puedo sustraerte  
Llevándote conmigo  
De una existencia triste y trabajosa,  
Que acaso ¡ ay Dios ! te llevará á la muerte.  
Pero tu honra es primero,  
Y pues nací con honra y caballero

Obtendré de tu padre la licencia,  
O forzaré su gusto  
Si á nuestro bien opone resistencia.  
—¡Ay! si de él esperais consentimiento  
Jamás le otorgará!

—Con tiempo y maña  
Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento  
Que ayudándome tú ¡querida mía!  
O neciamente el corazon me engaña,  
O de tu libertad despunta el dia.  
Escucha, Blanca, bien, en el sosiego  
De una tarde serena  
Cuando tu gente salga  
Por la floresta amena,  
Al compás de un laud el peregrino  
Cantará dulcemente  
Los himnos del monarca penitente.  
Y la música ¡oh Blanca!  
Es talisman que lo imposible vence  
Y del alma mas terca y mas bravía  
El pensamiento mas feroz arranca.  
Por una sola noche  
Demandaré un albergue en el castillo  
Y sin que nadie á sospecharlo alcance  
En el silencio de la noche umbria  
A solas con tu padre razonando  
Lograré que consienta; y mas llegando  
A saber con mi nombre  
La razon de dejar la patria mia.

Y aqui corta el cronista  
De quien copio esta historia  
El hilo de su cuento, y no hallo justo  
Poner yo lo demas de mi memoria.  
Solo nos dice al cabo de dos hojas  
De inútil razonar, que ambos amantes  
De una acacia á los piés se despedian,  
Jurándose por vida ser constantes  
Al amor que los dos se prometian.  
Lo que el viejo hablaria no se sabe,  
Mas creo que seria bueno y mucho  
Pues era en tales lances harto ducho  
El tal romero, y el negocio grave.

Ello es, caro lector, que anocheceia,  
Y apartados al fin, con paso lento  
Cada cual á su albergue se volvia,  
Él al lugar á meditar su intento,  
Y ella á sus torres á esperar el dia.

#### CAPÍTULO IV.

EN DONDE VERÁ EL LECTOR, SI TIENE PACIENCIA, EL  
FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,  
La luna en el cenit resplandecia  
Y el aura erraba de perfumes llena  
Que en las tempranas flores recogia.  
De esas noches azules, deliciosas  
Que solo ideas del placer producen,  
Y que solo para almas venturosas  
Para escenas de amor voluptuosas  
Con fugitivos resplandores lucen.  
Todo yacia en lánguido reposo  
En torno del castillo solitario,  
Circundado de ambiente vaporoso  
Cuyo velo entoldaba misterioso  
La lejana extension del campo vario.  
Todo en tranquila soledad yacia,  
Y solo alguna vez lánguido y lento  
Partido en frases sin compás se oía  
Un pausado cantar que se perdia  
Por la tranquila cavidad del viento.  
Y esta es la única voz que muchos años  
El nocturno silencio ha interrumpido  
De este castillo triste abandonado,  
Y esta es la única voz que han repetido  
De sus bóvedas hondas por los huecos  
Los recónditos ecos  
Y á los acentos del placer extraños.

Las aves que se anidan  
En sus rotas almenas  
El insólito canto oyen medrosas,  
Los pardos ojos asomando apenas  
Por las grietas añosas.  
Y con el son extraño desveladas